

PRÓLOGO

No es un privilegio, sino simplemente el resultado del alentador alargamiento de la vida y de la posibilidad de participar en episodios, o de enjuiciarlos, desde un punto de vista más o menos crítico. Me refiero al hecho de que en mi acervo personal de experiencias he tenido ocasión de contribuir a la política económica —o como poco de analizarla—, en una serie de mutaciones de la realidad española, en ocasiones en medio de turbulencias internacionales. Y al respecto puedo testificar que, así como después del temporal viene la calma, de las crisis siempre surgen cambios en el modelo de desarrollo, para actualizarlo en su estructura y funcionamiento.

Sin pretender ser exhaustivo, con esas alusiones me refiero al Plan de Estabilización de 1959, que fue la hoja de ruta para pasar de la autarquía a una economía más libre. De modo que, aunque fuera en un marco político aún marcadamente autoritario, ya resultó posible que España se adhiriera como país a los organismos económicos internacionales y que se elaborasen políticas orientadas a un mercado más competitivo y a una mayor libertad de empresa.

Mi segunda experiencia en la sucesión de cambios fue la de los Pactos de La Moncloa, en 1977, cuando, entre los dos grandes choques petroleros internacionales de 1973 y 1979, España recuperó la democracia, con la ineludible necesidad de acomodar el marco económico a las nuevas realidades políticas. Y además hubo de superar una crisis estructural de

gran calado, cuyo origen estuvo en la fuerte elevación de los precios internacionales de la energía. De manera que si con el Plan de Estabilización nació una economía más libre, de los Pactos de La Moncloa se derivó una sociedad políticamente más abierta, con un esquema económico más participativo.

El tercer momento de crisis y cambio —aparte de lo mucho que supuso el ingreso de España en la Comunidad Europea en 1986—, se produjo tras las turbulencias de los años 1992/95, cuando en sólo un trienio se hicieron cuatro devaluaciones de la peseta dentro del Sistema Monetario Europeo por la sencilla razón de que habíamos entrado en ese mecanismo en 1989 con una peseta sobrevaluada, y sin ningún intento serio de frenar el proceso inflacionista en marcha.

Aquel tránsito de devaluaciones, llamadas *competitivas*, tuvo como resultado una pérdida para España, en sólo tres años, de seis puntos de crecimiento de PIB, así como un aumento de un millón y medio de personas en el penoso embalse del paro. A lo cual sucedió la inevitable reforma, con grandes reajustes.

Más concretamente, el nuevo cambio de modelo se relacionó con la preparación del ingreso de España en la Unión Monetaria Europea. Un tema que Felipe González, a pesar de su europeísmo, descuidó ostensiblemente y dejó en manos de su ministro Solchaga, lo que supuso el desprecio más absoluto por los criterios de Maastricht ya vigentes desde 1991. Hubo que esperar al primer gabinete de Aznar (1996-2000), fundamentalmente con Rodrigo Rato en

Economía y Hacienda, para que se asumiera seriamente el proyecto de ir a una nueva cultura financiera española a partir del Tratado de Maastricht: reducción del déficit público a la mínima expresión, bajada de la inflación, tipos de interés mucho menores, amortización de la deuda vía privatizaciones y estabilidad monetaria, esto último ya merced a la moneda común.

Esa nueva cultura financiera, no suficientemente regulada y supervisada, fue el origen de la crisis subsiguiente. Precisamente la que estudiamos en este libro, porque el euro permitió una fuerte oleada de endeudamiento de las empresas, el público y las entidades financieras de nuestro país. Cuyas consecuencias —en ligazón con la burbuja inmobiliaria— aún estamos pagando actualmente, con altos niveles de paro y toda suerte de dificultades económicas sectoriales.

Entrando ahora ya en el contenido de este volumen, diré que en los tres primeros capítulos se estudia el contexto internacional: lo que llamamos *placas tectónicas* de la estructura económica mundial (países desarrollados, emergentes y en vías de desarrollo), para luego abordar en los siguientes tres capítulos (4, 5 y 6) la atormentada evolución de hechos y medidas relativos a la crisis. Analizaremos su evolución a través de indicadores y gráficos e intentaremos buscar la clave de todo el proceso en lo que denominamos el *hexágono de la crisis*.

Ya en la fase final de la obra (capítulos 7 y 8), volvemos al ámbito europeo para calibrar las insuficiencias del tratamiento de la crisis, en sus inicios, por las autoridades comunitarias. Lo que ulteriormente se está intentando remediar a

base de configurar una nueva política económica de la Unión, reforzando los dispositivos en torno al euro y creando las condiciones propiciatorias de una cierta estabilidad, aunque sea con duras críticas a lo que todo eso tiene a la hora de retroalimentar una posible segunda etapa de recesión.

Por último, en el capítulo 9 hacemos una síntesis de las reformas todavía pendientes en la búsqueda del nuevo modelo de desarrollo que tiene que surgir, con los inevitables reajustes para ponernos al nivel de las nuevas circunstancias de la economía globalizada.

Eso es, querido lector, lo que contiene el presente libro, en el que hemos procurado expresarnos lo más claramente posible, con algunas cifras estadísticas y, sobre todo, con gráficos, circuitos y diagramas que en su mayor parte proceden de la amplia y cada vez más cuidada infografía de nuestros medios de prensa, a los que desde aquí el autor rinde todo su agradecimiento.

Cualquier observación sobre el presente trabajo —elaborado con la valiosa ayuda de mis colaboradoras Begoña González Huerta y María Dolores García Camacho— será bienvenida, ya sea en pro, en contra, o simplemente como complemento de lo que aquí se dice.

Ramón TAMAMES